

Letrillas



Fotografía: Sebastian Arie Voortman / Pexels.

POLÍTICA

Privilegiados y vulnerables: el mapa de una nueva (mala) conciencia de clase

por **Rafael Gumucio**

Los movimientos de protesta masivos que desde 2008 han recorrido el mundo, bajo distintas formas, no han conseguido convertirse en ninguna parte en la auténtica revolución que prometieron ser en su momento álgido. En muchos lugares han ayudado al movimiento de restauración o de continuidad a permanecer en el poder. En Francia el presidente Macron, al que los chalecos amarillos parecían poder derrocar en una semana, fue reelegido con relativa comodidad. En España el fenecido

PSOE sigue en el gobierno. La famosa “casta” contra la que se rebelaron los manifestantes de la Puerta del Sol sigue intacta, incorporándose a ella nuevos nombres procedentes del ámbito de Podemos.

En pocos países las protestas han derrocado a algunos gobernantes (la Primavera Árabe) o han acelerado un moderado cambio en las elecciones (Estados Unidos o Chile), en otros han sido el primer paso de guerras civiles (Siria) o internacionales (Ucrania), pero no han abolido en ninguna parte

ninguno de los “privilegios” que han denunciado como su enemigo más persistente.

Quizás la clave de su ineficacia a la hora de cambiar el orden social está en el término “privilegio” y “privilegiados” con que nombran lo que se llamaba antes la “clase dominante” o también “burguesía” o, por último, “propietarios de los medios de producción”, como los definía la nomenclatura marxista.

“Privilegiado” es un término que deja de lado el análisis económico o sociológico de clase para retrotraernos a una lógica feudal previa al advenimiento de la burguesía como clase dominante. O sea, nos devuelve al mundo anterior a la Revolución francesa. Una revolución de la que, con su alusión perpetua a la guillotina, a los *sans culottes*, los manifestantes de hoy se sienten herederos y depositarios. En la misma medida en que evitan como la peste cualquier alusión simbólica o estética a la Revolución rusa o a la cubana.

Los privilegios, al ser innatos, hereditarios e inevitables, no son abdicables. Solo se puede tener “conciencia de ellos”, es decir, la mala conciencia de poseerlos. El privilegio es algo que se puede potencialmente objetar en cualquier momento de cualquier debate sin que el otro pueda realmente hacer nada para evitar el daño que este inflige. Reversión platónica, el problema ya no es “hacer o no hacer”, sino el *bamletiano* (príncipe al fin) “ser o no ser.”

La noción de privilegio es un alivio más que una condena para el que recibe el apelativo, porque no solo descansa de la culpa de ser privilegiado, sino

que implica la idea de un poder mayor que el suyo. El término “privilegiado” nos lleva a preguntarnos: ¿privilegiado por quién?, ¿privilegiado por qué? Así, el término “privilegio” implica un rey o un emperador, es decir, un poder mayor que otorga y quita los privilegios. Ese poder era Dios en el mundo medieval. Dios era el que otorgaba a los reyes sus privilegios. Pero sin Dios, ¿quién es el dueño absoluto del poder de otorgarlos o quitarlos? ¿Dónde está la fuente de todo poder, el que le da al poder terrenal su legitimidad o no?

¿Quién sino el 1% de la población dueña de casi todos los medios de producción y de información del planeta puede otorgar los privilegios? Ese 1% que no participa de la culpa de los privilegiados porque su poder y su fortuna es de una escala tan gigantesca que hace parecer a los millonarios y mandatarios de este mundo miserables mendigos que no pueden ni atarles las sandalias a los pies. Dueños además de las redes sociales y medios de comunicación por donde se contacta y organiza el pueblo contra la “élite”, como si hubiera una sola “élite” y no varias que entran en colisión, una élite cultural que es mujer frente a una élite económica que es masculina, choque de élites en el que el “pueblo” es justamente la carne de cañón.

No es un privilegio ser gay en Irán, pero no deja de ser una ventaja en un departamento de estudios de género de alguna universidad estadounidense. No es un privilegio ser mujer en Wall Street, pero no es una desventaja real en la facultad de ciencias sociales o de artes liberales de la Universidad de Columbia. No es un privilegio ser negro en ninguna ciudad estadounidense, pero es un privilegio ser estadounidense en cualquier ciudad de África. Lo que los chalecos amarillos pedían no era nada más y nada menos que rebajar el precio a la gasolina de sus autos al desgravarles de impuestos “ecológicos”. En las protestas chilenas de 2019, que nacieron por la subida del precio del transporte, algunos pedían

no pagar los peajes en las carreteras. Nadie podría decir que el propietario de un automóvil no es de alguna forma un privilegiado en un mundo en el que millones tienen que caminar kilómetros para ir a la escuela o huir de los fusiles y las bombas. Pero no lo son, claro, frente a una nueva clase de millonarios que se mueven en helicóptero. Estas y otras precisiones podrían aplicarse a otros privilegios.

Las protestas empiezan por la subida del costo de la vida, pero luego se aclara que no es eso, o no solo eso: “No son treinta pesos, son treinta años”, decían en Chile. Algunos dirán que son quinientos años, los quinientos años desde la llegada de los españoles al “territorio”. Surge una cierta vergüenza de necesitar, la de exigir objetivos logros y objetivas necesidades. El sucio dinero se aleja de la discusión para unirse a causas que prestigian a quienes las enarbolan, feminismo, ecología, antirracismo, democracia directa.

Pasa lo mismo con las diferencias en las expectativas económicas y laborales de las nuevas generaciones, obviadas una y otra vez en el análisis como la causa primera de su malestar. Sus problemas objetivos de vivienda, de sueldo, de trabajo han sido convertidos en un asunto subjetivo: incomodidad con su propia vida. Los jóvenes que quieren cambiar el mundo, acabar con el patriarcado y salvar el planeta, piensan sus padres. Pero nunca reparan en que lo que hace que sigan viviendo en sus casas hasta avanzada edad es la dificultad de encontrar un alojamiento digno.

“Problemas de rico”, piensan las víctimas de una sociedad que después de décadas de crecimiento ininterrumpido se quedó estancada. La idea de que este estancamiento influye en cómo ven la vida y el mundo horroriza a los jóvenes y de alguna manera a sus padres. Por lo demás, huyen de eso, de un mundo en que son una estadística, una expectativa de mercado, una oferta y una demanda. Los hijos se rebelan contra sus padres reclamando por los mismos temas y haciendo las mismas

demandas que todos consideran necesarias y positivas, pero lo hacen con una virulencia que transparenta otra necesidad indecible porque obligaría a mirar con precisión cuál es su lugar en la economía política de su sociedad y a darse cuenta de que su incomodidad en ella no es solo contingente sino esencial.

La interseccionalidad, nacida para complejizar el debate racial y sexo-género, en realidad lo simplifica audazmente cuando lo usan el periodismo y las redes sociales: en él los privilegiados somos casi cualquiera, pero casi los mismos son también los vulnerables. Porque, aunque el que protesta se reconoce humillado, abusado o violado, no se reconoce en la palabra “pobre” y prefiere el término “desfavorecido”, “olvidado”, “precarizado” o “vulnerable”, que es como se los llama desde la academia. Todos términos más graduales y menos definitivos que “proletarios” o “pobres”.

El pobre es así un ser frágil y enfermizo, una víctima cristalina que no tiene fuerza para defenderse de las vulneraciones a las que le someten los privilegiados. Exactamente de la manera contraria a como, desde Cristo hasta Marx, pasando por Mahoma y Rousseau, se ha pensado a los pobres. Invulnerables pobres de este mundo, proletariado unido que encarna la historia, el futuro, la redención posible de la humanidad futura. Dueños de nada, pero sí dueños del destino del mundo, depositarios de una llama invencible que explica cómo los ricos los oprimen, los persiguen y los destruyen.

En la Edad Media los privilegios los otorgaba el pueblo, que los recibía directamente de Dios. Los pobres eran así los privilegiados de Dios, que les otorgaba su reino, que a su vez depositaba en un monarca o señor feudal. El pobre ha perdido ese poder, quizás porque la pobreza y la riqueza se contemplan ya únicamente desde el punto de vista individual y no social. No hay duda de que un solo pobre es infinitamente más vulnerable que un solo rico,

porque el poder de los pobres es justamente su número, el hecho de que en una democracia son siempre mayoría. Esa mayoría que al subdividirse en identidades todas desigualmente privilegiadas y desigualmente humilladas se destroza y deja, efectivamente, a los pobres más vulnerables que nunca porque son incapaces de unirse en sindicatos o partidos. Todos ellos son vistos como un nido de corrupción y privilegios.

Los pobres son, entonces, vulnerables como son vulnerables los niños o los animales abandonados, martirizados, sacrificados a los que vuelve una y otra vez el imaginario de los movimientos sociales de comienzos del siglo XXI. Se trata entonces de un lazo básicamente afectivo: el privilegiado hiera a su víctima, que pide reparación a cambio de su herida. Al privilegiado no se le pide más que, al ser consciente de sus privilegios, pueda pedir disculpas por ellos a tiempo. Una disculpa que no implica renunciar a sus privilegios, sino que estos tienen un precio por el que tiene que pagar. Cobrado ese precio, los privilegios siguen más o menos en el mismo lugar, en gran parte porque si las víctimas compartieran los privilegios serían estas también privilegiadas y perderían lo único que las distingue y diferencia: su vulnerabilidad, es decir, su condición de víctima.

La revuelta no quiere la revolución porque conseguir el poder —y peor aún, administrarlo— es una maldición que te quita el estatus de víctima para sumarte al clan de los privilegiados. La idea de que es imposible hacer justicia sin un grado de poder centralizado para impartirla no cruza por el ánimo de las protestas, porque no se pretende impartir justicia, sino solo dar testimonio de las injusticias sufridas. No se trata de que los privilegiados pierdan sus privilegios, sino de que sepan cuánto cuestan; de que no puedan dormir tranquilos los privilegiados sin saber que lo son. Se trata de que se hagan responsables de sus privilegios para al mismo tiempo

descargarse del peso de sus privilegios y sus responsabilidades.

El fervor de las protestas tiene que ver justamente con la necesidad de separar con carne y sangre la parte que es privilegio de la parte que es víctima. No se trata de invertir la tortilla y de dominar al dominante sino de demostrar algún grado de pureza ante la víctima. Es decir, demostrar que se es más víctima que privilegiado, que se es más puro que corrompido, más limpio que sucio. Es entonces, y de ahí su fuerza y su impotencia, un movimiento religioso, de salvación personal y social. Es un bautismo redentor que te devuelve a un lugar en las iglesias abandonadas que los protestantes chilenos se dedicaron a quemar. Es quizás este el gran ausente que las protestas invocan al usar el término medieval de “privilegio”, el que otorga y quita toda gracia y elimina todos los pecados: el Dios tantas veces muerto que esta vez parece no darse ya el trabajo de resucitar. —

RAFAEL GUMUCIO es escritor. En 2021 publicó *Hotel Montana y otros cuentos* (Literatura Random House).

ECONOMÍA

Los capitalistas, el Estado y la globalización

por **Branko Milanovic**

“La tendencia a crear el mercado mundial se da directamente en un concepto del propio capital. Todo límite aparece como una barrera a superar... De acuerdo con esta tendencia, el capital va más allá de las barreras y prejuicios nacionales tanto como más allá del culto a la naturaleza, así como de todas las reproducciones tradicionales,

confinadas, complacientes [...] de las viejas formas de vida. Es destructor de todo eso y lo revoluciona constantemente, derribando todas las barreras que obstaculizan el desarrollo de las fuerzas de producción, la expansión de las necesidades...”, etc.

Así, según escribió en sus *Grundrisse* (*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*), es como Karl Marx veía la globalización: como una parte inseparable de los intereses y el impulso de los capitalistas. Nada ha cambiado lo bastante en los 180 años transcurridos desde que se escribió este pasaje como para hacernos creer que el comportamiento y los incentivos de los capitalistas son diferentes hoy en día. Entonces, ¿la continuación de la “alta globalización”, que comenzó con la apertura de China y la caída del comunismo en la Unión Soviética y Europa del Este, es simplemente un proceso natural e imparable del capitalismo que rompe barreras de espacio, tecnología y hábitos en busca de beneficios? En nuestra época, el capitalismo se ha expandido no solo geográficamente, sino que también ha creado nuevas actividades y nuevos mercados, desde alquilar nuestros pisos hasta cobrar por influir en las decisiones de compra de otras personas o vender nuestro nombre como marca comercial. ¿Cómo podemos entender entonces que el país capitalista por excelencia, Estados Unidos, decida salirse de la globalización o al menos limitar su avance?

Creo que solo podemos explicarlo haciendo intervenir a otros dos “actores” además del destacado por Marx. En primer lugar, podemos incluir al Estado, asumiendo que el Estado es hasta cierto punto un actor autónomo y que lo que hace no está totalmente determinado por los intereses de los capitalistas. Es un tema que se ha debatido durante más de un siglo y sobre el que no se ha llegado a ningún consenso. Pero si el Estado tiene suficiente autonomía de acción, entonces puede anular, en algunos casos, los intereses de los capitalistas.



Fotografía: Karolina Grabowska / Pexels.

La segunda posibilidad es permitir la escisión dentro de la clase capitalista. Junto a lo que podríamos llamar “los capitalistas cosmopolitas”, que se han beneficiado generosamente de la globalización mediante la externalización de la producción, estarían lo que podríamos llamar “los capitalistas militares”, es decir, la parte de la clase capitalista directamente vinculada con el sector de la “seguridad”, la adquisición de armas y la sustitución de importaciones tecnológicamente sospechosas procedentes de países hostiles. La eliminación de cada software antivirus Kaspersky y de cada cámara de circuito cerrado de televisión de fabricación china beneficia a alguien que puede producir un sustituto. Tienen incentivos para apoyar una política más belicosa y, por tanto, para cuestionar la globalización.

Pero los capitalistas militares trabajan con dos importantes desventajas. Son capitalistas muy inusuales, en el sentido de que sus beneficios dependen de los gastos del Estado, que a su vez exigen elevados impuestos. Así que, en principio, tienen que estar a favor de una fiscalidad elevada para financiar los gastos del Estado en defensa. Podrían beneficiarse en

conjunto, pero la preferencia por el gasto y los impuestos elevados les pone en desacuerdo con otros capitalistas. El segundo problema es que al frenar la globalización actúan contra una fuerza responsable del menor aumento de los salarios nominales, a saber, los bienes producidos con salarios más baratos e importados de Asia. Porque quizá la mayor contribución de China y el resto de Asia no fue la influencia directa (mayores beneficios de las inversiones), sino la indirecta: permitir que los salarios reales occidentales subieran, aunque modestamente, pero desplazando la distribución a favor del capital. Esto es lo que ha sucedido en los últimos treinta años en Estados Unidos y otras economías avanzadas, y se engloba bajo la rúbrica de la disociación entre productividad y crecimiento de los salarios reales: es otra forma de decir que la participación del trabajo ha disminuido. La proporción de mano de obra ha disminuido sin reducir el salario real gracias al abaratamiento de los bienes de consumo. Esto ha supuesto una gran ventaja tanto para los capitalistas cosmopolitas como para los militares. Si se revierte la globalización, ese beneficio se evaporará: el salario nominal tendría que subir aunque el salario

real se mantuviera constante, y la participación de los beneficios en el PIB se reduciría.

Así pues, los capitalistas militares se enfrentan a dos problemas: tienen que defender una mayor fiscalidad y, a la vez, están implícitamente a favor de la reducción de las rentas del capital. Ninguna de las dos cosas es popular. Sin embargo, no se puede descartar el éxito. Es posible que se forme una alianza entre los capitalistas militares y la parte halcón del Estado semiautónomo. Pueden estar dispuestos a aceptar tales “costes” si permiten a Estados Unidos frenar el ascenso de China. La pura geopolítica dominaría el interés económico. La experiencia histórica también ayuda a esa alianza: Estados Unidos ha ganado todas las grandes guerras (la Primera Guerra, la Segunda y la Guerra Fría) y en cada ocasión su victoria le ha llevado a la cima del poder geopolítico y económico. ¿Por qué no habría de repetirse?

Así es como debemos considerar el futuro de la globalización, al menos desde el punto de vista del cálculo occidental: como un compromiso entre un poder geopolítico sin restricciones y unos ingresos internos reales más elevados. Los argumentos económicos, así como la habitual (y a veces quizá fácil) suposición de que el Estado hace lo que los capitalistas quieren que haga, apuntan abrumadoramente a favor de que la globalización continúe. Sin embargo, la “alianza bélica” puede ser lo suficientemente fuerte como para mantener a raya a la otra parte, si no para derrocar por completo la globalización y llevar al país hacia la autarquía. —

*Traducción del inglés de Lola Rodríguez.
Publicado originalmente en el blog
del autor, Global inequality.*

BRANKO MILANOVIĆ es economista. Su último libro publicado es *Capitalismo, nada más* (Taurus, 2020).



Fotografía: Napoleon Sarony / Wikipedia.

EXPOSICIONES

Nikola Tesla: camina hacia la luz

por **Aloma Rodríguez**

Nikola Tesla lo tiene todo para ser uno de los personajes más fascinantes del pasado reciente: inventor, vivió entre dos siglos, se anticipó al futuro, un genio incomprendido y con mala suerte en los negocios. No extraña que casi se haya convertido en un icono pop: Christina Rosenvinge le dedicó una canción (“Pobre Nicolás”, en *Lo nuestro*) y el escritor francés Jean Echenoz se basó en episodios de su vida para la novela *Relámpagos* (Anagrama, 2012), con la que cerraba el tríptico iniciado con *Correr*, sobre Emil Zátópek, y *Ravel*, sobre Maurice Ravel. Caixaforum acoge ahora en su sede de Zaragoza, hasta el 11 de junio y tras haber pasado por la sede de Madrid, la exposición *Nikola Tesla. El genio de la electricidad moderna*. Hay talleres y actividades y un podcast – *Tesla, esa luz* – de cinco capítulos en los que en píldoras que no alcanzan los diez minutos se ahonda en algunos

aspectos de la muestra. *Nikola Tesla. El genio de la electricidad moderna* cuenta con el sello oficial del Museo Nikola Tesla de Belgrado, entidad oficialmente depositaria del legado del gran científico serbio.

Tesla nació en 1856 en lo que hoy es Croacia pero entonces formaba parte del Imperio austríaco; dicen que nació durante una tormenta eléctrica, subrayando la idea de que su vida iba a estar ligada a la electricidad de un modo inevitable. Después de estudiar ingeniería y física y seguir sus “visiones” para sus inventos, Tesla trabajó en la Continental Edison antes de embarcarse rumbo a Estados Unidos, donde desarrolló su carrera. Estuvo en la Edison Machine Works y después se estableció por su cuenta, en naves industriales donde hacía sus experimentos. Es la época de la guerra de las corrientes entre compañías, las que apostaban por la corriente

alterna (con Tesla a la cabeza) frente a la corriente continua, por cuyo uso abogaba aún la compañía de Edison. Guerra sucia, intentos de desprestigio y escaramuzas para ver quién se quedaba con el negocio, aún incipiente, del abastecimiento eléctrico de las ciudades.

Nikola Tesla fue un pionero en muchas cosas, como la transmisión de la electricidad sin cables, inventó el protomando a distancia y se anticipó en la investigación de lo que luego se llamó rayos x, pero un incendio destruyó su trabajo, lo que hizo que se adelantara el científico alemán Wilhelm Röntgen. Después de conocer cierta gloria y cierto fracaso, Tesla pasó los últimos años de su vida en hoteles, medio arruinado y obsesionado con sus intuiciones e investigaciones: nada podía parar su carrera hacia el futuro. Algunas de sus ideas e inventos le fueron arrebatados a su muerte, como la radio; otras no pudo completarlas en vida, como la Torre Wardenclyffe, en este caso por problemas de financiación. Escribe Jean Echenoz en *Relámpagos*: “Porque los diez años siguientes le vendrán muchas ideas a la vez, realmente muchas. Pero su manía de concebir sin cesar cosas a toda velocidad tiene la contrapartida de que se detiene en una y se demora en ella. En su mente se atropellan demasiadas perspectivas como para verse capaz de profundizar sobre ellas una a una, de desarrollar sus aplicaciones prácticas y de sacar provecho de su valor comercial. No es que no tenga conciencia de ese valor, antes al contrario, pero no le queda tiempo que dedicarle.”

La muestra de Caixaforum reúne reproducciones de los inventos de Tesla, es una explicación didáctica del trabajo y de la vida del inventor, una reivindicación de su figura y de la importancia de sus ideas en el mundo de hoy. —

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*.



Fotografía: Miguel Cabrera / Wikipedia.

LITERATURA

Síntesis, invención, diálogo: cuarenta años de *Las trampas de la fe*

por **Jorge Gutiérrez Reyna**

Me gusta pensar en Octavio Paz como una figura de síntesis. En sus ensayos, da la sensación de que el autor se ha detenido para echar un vistazo a sus espaldas y observar a la distancia; desde ese privilegiado mirador, puede reconocer patrones, ordenar, dar sentido a obras artísticas o acontecimientos históricos que antes daban la apariencia de hallarse desarticulados. Su obra poética, me parece, procede de igual modo: en ella se cifran, maduran y se llevan a sus últimas consecuencias varias de las tentativas de la poesía moderna, sobre todo la de vanguardia. Más que inaugurar un período, la obra de Paz constituye una clausura. Ese destino lo comparte con sor Juana Inés de la Cruz, cuya obra cierra con broche de oro —oro

indiano, además— ese período esplendoroso de nuestras letras que conocemos como los Siglos de Oro.

Además de cumplirse veinticinco años de la muerte de su autor, este 2023 se cumplen cuarenta de la publicación definitiva de *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, cuya primera edición vio la luz en 1982; la segunda y la tercera —la última— se publicaron un año después.¹ Este libro no escapa a la caracterización de la obra de Paz que he propuesto líneas arriba: es la síntesis de una serie de afanes que, a lo

¹ Habría que considerar, por cierto, la pertinencia de realizar una edición crítica que nos permita identificar los cambios existentes entre la primera edición y las ediciones subsecuentes, así como estudiar la naturaleza y las razones de dichos cambios.

largo del siglo xx, buscó mirar desde un ángulo distinto al de la centuria anterior o al de la ideología posrevolucionaria a la Nueva España, período que ha sido, como dice el propio Paz en *Las trampas*, uno de los más “tachados, borroneados y enmendados” de nuestra historia.²

Estudiosos como Edmundo O’Gorman, Robert Ricard o Francisco de la Maza, por mencionar algunos, se acercaron desprejuiciadamente, por primera vez, a la época novohispana y buscaron integrarla, con sus terrores, pero también con sus indudables virtudes en todos los órdenes de la cultura, a la historia de México. El libro de Paz, biografía tanto de sor Juana como del mundo en el que ella vivió y escribió, parte de esta revalorización y reapropiación, y nos ofrece una primera revisión, que pretende ser integral, de nuestro pasado novohispano, ya desprovista de la ciega inquina que acompañó el acercamiento al período en otros tiempos. Esa revisión se integró, a su vez, en el sistema de pensamiento del propio Paz, para quien los tres períodos históricos de México —el prehispánico, el virreinal, el moderno— se yuxtaponen el uno sobre el otro; sin embargo, “las rupturas no niegan una continuidad secreta, persistente”.³ La idea encuentra paralelo en otro de sus planteamientos fundamentales, el de la tradición de la ruptura: al igual que las fuerzas que pugnan dentro de la poesía moderna en Occidente, los períodos de nuestra historia encuentran en la ruptura su unidad.

La restitución de la figura de sor Juana en el panorama cultural mexicano coincide con la restitución de la época en la que le tocó vivir. *Las trampas de la fe* es resultado de una cadena de sorjuanistas que, desde finales de la década de los veinte del siglo pasado, habían contribuido a enriquecer el

² *Las trampas de la fe*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 23. Cito siempre por la tercera edición.

³ *Ibid.*, p. 26.

conocimiento sobre la Décima Musa y a nutrir el comentario crítico de su obra. En el prólogo, Paz reconoce su deuda con Dorothy Schons, Ermilo Abreu Gómez, Georgina Sabat de Rivers... La deuda mayor, sin embargo, es con un estudioso en particular, el responsable de las *Obras completas*, editadas entre 1951 y 1957 por el FCE: “sin las versiones depuradas de los textos que nos ha dado Méndez Plancarte, sin sus notas a un tiempo eruditas e inteligentes, sin su saber y sensibilidad, yo no habría podido escribir estas páginas”.⁴ La presencia de sor Juana fue recurrente a lo largo de la vida de Paz, al menos desde los años treinta, cuando la leyó por primera vez, en la época preparatoria de San Ildefonso, pero hubo que esperar al atardecer del siglo xx para que percibiera que recaía en él la labor de concertar y afinar al coro de los sorjuanistas modernos que lo antecedieron. El resultado fue una integración no solo coherente sino original de esa pluralidad.

◆
Y diversa de mí misma...

Es imposible ofrecer un perfil “objetivo”, vamos a decirlo así, de la figura histórica de Juana Inés. Son escasos, por un lado, los documentos con los que contamos para trazar su trayectoria vital por el mundo —alguna acta, un par de cartas—; por otro, dado que se trata de una figura que ha despertado a lo largo de los siglos intereses y opiniones encendidas, y en la cual las generaciones de este país han depositado sus mayores inquietudes y pasiones, es imposible separar ya a sor Juana de su proyección imaginaria, de su invención, mejor dicho: de sus invenciones. Porque hay tantas versiones de sor Juana como estudiosos se han acercado a ella: ha sido la amante desairada de los

románticos, la feminista *avant la lettre*, la lesbiana beligerante, la fervorosa mística. La de Alfonso Méndez Plancarte, por ejemplo, según advierte Paz, es “una sor Juana ñoña: incienso, agua bendita, ramos de azahar y, debajo del catre, uno o dos cilicios”.⁵

La versión que nos atrae actualmente, aséptica y escéptica, sustentada en el dato duro del archivo, me temo, es una más de las versiones de sor Juana que quizá, con el tiempo, revelará más de nosotros que de ella misma. No es posible, insisto, acercarse ya a ella sin que ese palimpsesto se interponga entre nuestro presente y el suyo. Creo que pocas figuras de nuestra historia admiten tantas y tan divergentes lecturas: la Décima Musa —tal como ella lo anticipó— está condenada a perdurar en la diversidad de sí misma.

La sor Juana de Octavio Paz es, como ya dije, sumamente original. Podríamos decir que el personaje tiene dos dimensiones fundamentales: una política y otra a la que podríamos tildar de psíquica. *Las trampas de la fe* es un libro que depende en gran medida del desencanto gradual de su autor con el régimen soviético, tal como ha indicado Enrico Mario Santí. David Rousset publicó en 1949, en París, un informe en donde denunciaba la existencia de campos de concentración en la Unión Soviética. La ortodoxia estalinista entabló una querrela legal y la publicación fue encontrada culpable de difamación pública. Un año después, Octavio Paz pone el punto final a su artículo “Sor Juana Inés de la Cruz”, publicado en la revista *Sur*. Hay allí una especial atención a los años finales de la monja: para el poeta es claro que, al igual que los que a él le toca vivir, los tiempos de sor Juana eran tan convulsos que exigían de ella su renuncia y su silencio. En 1971, Heberto Padilla fue acusado de haber cometido supuestos crímenes

contrarrevolucionarios. El gobierno de Castro lo obligó a declararse culpable. La humillante autoacusación debió recordarle a Paz aquellas terribles palabras escritas por sor Juana al final de sus días: “yo, la peor del mundo”. Ese mismo año —y ello no es una simple coincidencia—, Paz dicta en Harvard un curso sobre la monja de México.

La asociación de sor Juana con los intelectuales perseguidos del siglo xx, vueltos acusadores de sí mismos y víctimas de una ortodoxia a la que habían servido toda su vida, es la que da título a *Las trampas de la fe*: “La semejanza entre los años finales de sor Juana y estos casos contemporáneos me hizo escoger como subtítulo de mi libro el de la sección última... Confieso que esta frase no se aplica a toda la vida de sor Juana y que tampoco define el carácter de su obra.”⁶

Le doy la razón: el título, aunque sin duda atractivo, es no solo inaplicable a la mayor parte del libro, sino injusto con todas sus secciones que no son la sexta y última. Esta dimensión política del personaje de Paz es, sin duda, lo que peor ha envejecido de *Las trampas*, por el poco fervor con el que hoy discutimos sobre los crímenes en el interior de la Unión Soviética y también por lo forzado que resulta el parangón. Se puede —y se debe— uno acercarse al volumen sabiendo que, a pesar de su título, los contenidos de la última parte ni pesan más que el resto ni determinan su lectura.

Algo más interesante es la faceta psíquica de la sor Juana de Octavio Paz. Si una biografía es, en cierta forma, la historia del cumplimiento de un destino, el destino del personaje que se perfila en *Las trampas* es, sin duda, la soledad: “es su destino: la soledad es la estrella —el signo, el sino— que guía sus pasos”.⁷ Todos los acontecimientos en la vida de la

⁶ *Ibid.*, p. 17.

⁷ *Ibid.*, p. 127.

⁴ *Ibid.*, p. 365.

⁵ *Ibid.*, pp. 366-367.

sor Juana de Paz, desde su más temprana infancia hasta los últimos años, pasando por la creación de sus poemas y las decisiones tomadas a lo largo de su vida, están guiados por esta estrella. Según vimos, *Las trampas de la fe* no atañe sino a los últimos años de sor Juana: *Las trampas de la soledad* habría sido un subtítulo más abarcador. Esta es una versión de sor Juana rodeada, pues, por la soledad y sus máscaras, sus trampas y sus metáforas: la escritura introspectiva, el caracol, los ecos, el espejo, los reflejos, el fantasma erótico...

Por supuesto que la soledad es en sor Juana un tema recurrente. A mí siempre me ha llamado la atención, por ejemplo, la experiencia tan solitaria del amor que nos propone en su lírica. Esta prescinde por completo de los cuerpos —Paz habla de una “libido poderosa sin empleo”⁸—; imaginado, el ser amado es más real, más suyo: “poco importa burlar brazos y pecho / si te labra prisión mi fantasía”. Pero esta amante solitaria no solo no precisa del cuerpo del ser amado, ni aun de su correspondencia; para sor Juana, el amor verdadero es aquel que no exige ser correspondido: “Yo adoro a Lisi, pero no pretendo / que Lisi corresponda mi fineza...” Ahora bien, la faceta solitaria de sor Juana no es la única: Paz exagera, minimiza o ignora algunos rasgos de su poesía según convenga al personaje que está forjando.

Cuando se publicó *Las trampas de la fe*, no faltó quien viera en esta sor Juana solitaria una proyección del propio Paz. Nótese lo siguiente: contamos con apenas dos o tres anécdotas sueltas sobre la infancia de sor Juana; a pesar de ello, Paz dedica a esta etapa de su vida dos capítulos enteros. Allí, habla de la solitaria sor Juana como de “una planta que crece en tierra de nadie”.⁹ La misma imagen la usa para describir su propio crecimiento en

Pasado en claro, poema autobiográfico: “Mientras la casa se desmoronaba / yo crecía. Fui (soy) yerba, maleza / entre escombros anónimos.” Margo Glantz fue contundente cuando dijo, a propósito de su traducción al inglés en 1993, que “con su libro, Paz ha consumado un acto de antropofagia literaria” (la traducción es mía). O sea, Paz “se comió a sor Juana”, habla de sí mismo a través de la monja (existe una caricatura, simpática y reveladora, de Gonzalo Rocha, en que puede verse a Octavio Paz investido con el hábito blanco y negro de la Orden de San Jerónimo).

A cuarenta años de distancia, más que discutir con un Paz que ya no se puede defender acerca de la validez de su hipótesis sobre los años finales o sobre la pertinencia del personaje que ha construido, creo que interesa y sería más enriquecedor comprender, en su contexto, las razones que llevaron al autor a proponer aquella hipótesis y aquel personaje. La sor Juana de *Las trampas* es una versión más de sor Juana, una que estuvo a la altura de 1983 y que se integraba, orgánicamente, dentro de la búsqueda vital e intelectual, del sistema poético y de pensamiento, de Octavio Paz.



De toda la vida de sor Juana, los misteriosos años finales son los que siempre me han despertado el menor interés. Desde 1668 y hasta, al menos, 1691, sor Juana escribió, publicó y tendió un transparente puente de palabras entre la soledad de su celda y la sociedad de su tiempo. De todos esos años, el período comprendido entre 1680 y 1688 fue el más fértil: al amparo y con el estímulo de María Luisa Manrique de Lara —mecenas, amiga y musa de la Décima Musa—, escribió varias de sus obras maestras, a saber, numerosos romances, sonetos y décimas memorables, *Los empeños de una casa*, *El divino Narciso*... También gracias a la virreina, sor Juana pudo

convertirse en un verdadero *best seller* en Europa: la publicación en Madrid de la *Inundación castálida* en 1689 desencadenó un alud de ediciones de sus obras que se extendió hasta 1725.

Más allá de la propuesta de sor Juana como una intelectual disidente y silenciada, o de la suerte de psicoanálisis de su personaje solitario, el comentario, a un tiempo sensible y erudito, a su obra literaria me parece lo más valioso y vigente del libro de Paz. Él fue uno de los primeros que, como se dice, agarró al toro por los cuernos en lo que respecta a los amorosos y apasionados versos que la monja dedicó a la condesa de Paredes, asunto que trata en dos capítulos espléndidos. Fue también pionero en abordar géneros de los que antes nadie se había preocupado, como los villancicos; con ello sentó las bases de otros trabajos, ya más amplios al respecto, como el de Martha Lilia Tenorio. Se percató y señaló el valor de las loas, esas piezas teatrales y alegóricas que sor Juana dedicó al cumpleaños de los poderosos, y que, a pesar de lo pedestre de su asunto, están colmadas no solo de buena poesía, sino de imágenes con un gusto moderno. Hizo algunas observaciones sobre, diríamos hoy, el carácter multi- o trans- o interdisciplinario del *Neptuno alegórico*, arco triunfal que la jerónima ideó para recibir a los condes de Paredes en 1680, al que comparó con *El gran vidrio* de Marcel Duchamp. No ha dejado de ser sugerente el paralelismo entre el auto sacramental de la edad barroca y el teatro nô japonés.

En este campo, incluso los errores suelen ser afortunados y fértiles. Pienso en el caso del muy polémico capítulo de Paz sobre *Primero sueño*. Me parece que acierta cuando destaca que este viaje de anábasis del alma es único en la tradición que lo antecede, ya que se hace en solitario, sin guía, y culmina en una no revelación: la adquisición de

⁸ *Ibid.*, p. 286.

⁹ *Ibid.*, p. 127.

conocimiento, aun del más insignificante, es imposible para la limitada capacidad del entendimiento humano. Acierta también al señalar que el *Sueño* encuentra sus verdaderos interlocutores en poemas filosóficos de la edad moderna como *Altazor*, *Muerte sin fin* o *El cementerio marino*. Yerra, sin embargo, al caracterizar exageradamente el poema como un viaje cósmico, como “una peregrinación de su alma por las esferas supralunares”.¹⁰ Las ganas de llevar la contra son sin duda una gran motivación para decidirse a escribir un texto. Antonio Alatorre se dedicó, en varios magníficos trabajos –destaco *El beliocentrismo en el mundo de habla española*–, a desmentir la idea del *Sueño* como un viaje astral. Hay que agradecer, en buena medida, estos trabajos a las ganas de Alatorre de polemizar con los errores de *Las trampas de la fe*.

A mí, entre otras cosas, la lectura de *Las trampas de la fe* me ha permitido ser testigo de un diálogo que, a pesar de los siglos, entablan mis dos poetas predilectos. Muchas veces, cuando Paz comenta un verso que le gusta o le parece notable en sor Juana, revela asimismo el influjo de esta sobre su propia poesía. En un villancico dedicado a santa Catarina, sor Juana engarza unos preciosos endecasílabos cuatrimembres: la santa de Alejandría es más lozana “que Abigaíl, Raquel, Esther, Susana”; posee más virtudes que las “de Débora, Jael, Judith, Rebeca”... Me inclino a pensar que Paz los emuló conscientemente en este verso que engalana *Piedra de Sol*: “Laura, Isabel, Perséfone, María...” Sorprende la modernidad de estos versos en otro villancico de la Musa Décima, a la Inmaculada Concepción: “¡Un instante me escuchan, / que cantar quiero / un Instante que estuvo / fuera del tiempo!”; así como la afinidad de estos con pasajes del nobel como el que sigue:

¹⁰ *Ibid.*, p. 472.

“Una casa un jardín, / no son lugares: / giran, van y vienen. / Sus apariciones / abren el espacio, / otro espacio, / otro tiempo en el tiempo.”

Además del jardín hay otro espacio privilegiado en la poesía de Octavio Paz: el firmamento donde navegan los cuerpos luminosos de los astros. Por eso la quinta *Loa a los años del rey* es una de sus favoritas. En ella, sor Juana despliega un coloquio luminoso de planetas que, orquestado por el Sol, rinde homenaje a Carlos II. Hay allí un pasaje magnífico en el que se habla del lenguaje de los astros: “En los doseles siete de los Orbes, / sentados en los tronos de alabastro, / períodos son de fuego sus conceptos, / cláusulas son de luces sus vocablos.” Si la lengua de las flores es su olor y la de las fuentes el rumor de las aguas, los astros hablan con sílabas de lumbre. El empleo de esta imagen también está presente en la poesía de Paz: “Mira correr el río de los astros / se abrazan y separan vuelven a juntarse / hablan entre ellos un lenguaje de incendios...”



Al igual que la figura de sor Juana, la de Octavio Paz despierta entre nosotros acaloradas discusiones. Ante su obra, somos incapaces de permanecer indiferentes: el comentario se mueve entre el más desvergonzado panegírico y la más enérgica de las condenas. Siempre me ha parecido que es urgente y necesario un acercamiento verdaderamente crítico a su legado, uno que sopesa, detenida y sosegadamente, sus virtudes y sus debilidades, y lo ponga, de veras, en el sitio que le corresponde. Esa lectura, la mejor que podría hacerse de su obra, aún está, en buena medida, por hacerse.

En medio de la cultura de la cancelación y de la febril reescritura del canon literario, cada vez me cuesta más trabajo inducir a los más jóvenes a la lectura de nuestro crítico y poeta. Es lamentable: creo que, a

pesar de sus evidentes defectos, *Las trampas de la fe* sigue siendo el más completo y estimulante ensayo sobre sor Juana y su tiempo. Sin su lectura, hace ya varios años, que realicé con el entusiasmo con que leería la novela más emocionante, yo no me habría dedicado al estudio de la monja. He dicho antes que el libro es una síntesis; habría que añadir que es también una bisagra entre el sorjuanismo del siglo pasado y el del XXI: ya sea para intentar enmendar sus desaciertos o para prolongar sus hallazgos, mantengamos con *Las trampas de la fe*, con su autor, el diálogo abierto. —

Ciudad de México,
28 de febrero de 2023

JORGE GUTIÉRREZ REYNA es poeta, académico e investigador. En 2016 obtuvo el Premio Ciudad y Naturaleza José Emilio Pacheco por su poemario *El otro nombre de los árboles* (Editorial UdG, 2018).

**CORRESPONSAL
EN EL FUTURO**

La garra y el ángel

por **Mariano Gistaín**

Rasca, araña, zarandea... de un zarpazo me deshace el arnés y caigo al escenario tronchando a Hamley (una especie de Hamlet o Hamleta, figurante sin frase: la obra es una incógnita ya que evoluciona según las emisiones emocionales y el resquemor del público). También yo he sufrido un buen golpe y quizá he muerto [a partir de ahora, me informan por canal privado, no podré hablar].

La garra se retira caminando sobre sus dedos como en las películas y

guiones de Buñuel y se escabulle bajo el decorado; el apuntador, quizá asustado, pues en su recorrido la garra asesina ha pasado rozando el foso, exclama:

—¡La mano de Irulegui!

El público no ha visto nada. Bueno, ha visto algo inesperado: caer desde lo más alto a la actrizactor que hacía de ángel sobre el Hamlet o Hamleta que en medio de esta frase exhala su último suspiro:

—¡Ay!

La inercia del espectáculo emite una voz:

—Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando; cuán presto se va el placer; cómo después de acordado da dolor; cómo a nuestro parecer cualquiera tiempo pasado fue mejor.

E irrumpe el coro:

—¡Vamos al lío... comienza... el desafío!

La escena es metaversial pero el actor tronzado —reza la voz— ha muerto también de verdad, en su vida real, tal como le obliga su contrato, que pueden leer en la pantalla del escenario. El derecho virtual, aún incipiente, abunda en plagios, ripios y anacronías. Al parecer, prosigue la voz con rutinario espanto, la actrizactor que hacía de Hamlet/Hamleta sin frase había firmado, como es habitual en esa subcontrata, que en su vida real, habitual o carnal ocurrirá lo mismo que le sucede en el escenario y aledaños, y viceversa. Por consiguiente, el actoratriz sin frase ha muerto en las dos vidas ya que el vínculo contractual actúa de forma automática e inmediata en doble sentido ontológico. De hecho, el suspiro final podría suponerle una sanción póstuma.

Incluso —añade la voz, ya más sosegada—, ha habido casos en los que el óbito de la vida natural ha precedido al del metaverso y, por eso mismo, no son raros los litigios y los pleitos. De hecho, puntualiza, ya pasó en el proceso contra Kafka Soul Market (o Banda

Trapera del Río bis), que se considera un precedente, aunque dada la premura todo es provisional.

La Oficina de Aplicación de la Ley Mordaza Mordor (es una app semi-bot judicial) está repasando la grabación, aunque insisten en que el trámite todavía no significa nada. También hay un subcomité científico secreto que emitirá un memo cuando retiren el o los fiambres. El que hacía de ángel se mueve pero ha perdido la facultad de emitir. [Texto automático.]

La obra se ha suspendido pero solo en vida; las versiones imaginarias en las que interviene el público, allá cada cual. En todo caso jamás se devuelve el importe de la entrada a no ser que perezca un mínimo del 20% del público en sala (no rige el doble sentido).

La breve investigación está aplazando de momento *sine die* el recurso a estudiar las grabaciones de las cámaras de seguridad (lo que obligaría a avisar a la Seguridad propiamente dicha, con el consiguiente gasto de tiempo, dinero, burocracia, sanciones, exilios rápidos, presidio...).

El actoratriz que hacía el papel de ángel se repone de la caída —quizá no es consciente de que podría ser acusada/o de homicidio— y prosigue con su monólogo arcangelical, pero el público, que lo ha visto caer (y matar a Hamley, cuyo cadáver sigue ahí), no le cree y comienza a abuchearle y a arrojarle toda clase de objetos: bolígrafos, puñales, fruta, teléfonos. Acribillado, trata de refugiarse bajo la concha del apuntador, que defiende su posición a puñetazos. Entonces el actoratriz se levanta, dolorida, y grita, levantando sus desplumadas alas:

—¡Soy el ángel caído!

La frase retumba en el patio de butacas como un cañonazo a media siesta.

El público se desintegra en moléculas: la realidad que pueden captar los sentidos de un ser humano sin implantes se ve vacía, aunque aquí y

allá fluctúan grumos de sentido. Un sigiloso crepitar de sierpes de ADN suelto llega a oídos del ángel caído, que, ajeno a estos efluvios, se pavonea y disfruta de la mejor improvisación de su carrera y quizá de la temporada... Es posible, se dice, que en las versiones virtuales y mixtas se haya podido apreciar en toda su grandeza la vibración de mi espléndida morcilla, y aun repite con su voz del averno:

—¡Soy el ángel caído!

Finalmente carraspea y se calla. Entonces las moléculas, tras agitarse como una gaseosa, se agrupan y el público reaparece en su ser... pero los individuos son diferentes ya que el segundo principio de la termodinámica no rebla. Cada persona parece asumir su nueva identidad y su formato sin rechistar, incluso con cierto jovial alborozo (es sabido que la recomposición de la materia propicia una efímera lozanía). En cuanto aceptan su ser, sus manos rompen a aplaudir en plena euforia, más a sí mismas, respectiva y mutuamente, que al ángel caído, que de todas formas acoge y atesora en su pecho la estruendosa ovación.

Pero... ante el redoble de palmas sale de su escondrijo la mano de chapa y enfila al ángel caído, quien por haber sufrido ya sus temibles ganchadas metálicas sale corriendo a tal velocidad que, en la débil física escénica, le sobra para despegar. Sus endebles alas se enderezan y vigorizan, las plumas tensan sus cañones y el fervor de la muchedumbre sostiene al nínfeo efebo, que recupera su condición celeste sin tramoya ni arnés y revolotea alegremente hasta que la garra, que trepa veloz por los tapices de Goya que forran las paredes, da violento brinco y justo cuando va a hacer presa, cae el telón. —

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. En 2019 publicó *Se busca persona feliz que quiera morir* (Limbo Errante).